**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***11. Obediencia real***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***11. Obediencia real***

*Del Señor son los fundamentos de la tierra; ¡sobre ellos afianzó el mundo! Él guiará los pasos de sus fieles, pero los malvados se perderán entre las sombras.* 1 Samuel 2:8-9 (NVI)

**Introducción**

Este capítulo en la saga de la construcción de la nación de Dios comienza con un suceso feliz. Dios abre el vientre de una mujer llamada Ana y le da el hijo que tanto ansiaba tener. Ella con mucho atino le llama Samuel, que en hebreo significa «Dios escucha», Ana sabía que Dios había escuchado el clamor de su corazón y le había dado esta nueva vida, este precioso varón.

**Dios levanta a Samuel**

Samuel entra en escena durante uno de esos períodos de desorden en la nación escogida de Dios. Habían sido atacados dos veces por unos enemigos conocidos como los filisteos, los cuales durante la segunda batalla se robaron el arca del pacto. Dios permitió que los israelitas fueran derrotados por causa de su desobediencia y sus líderes corruptos. Samuel sustituyó a su mentor Elí, que murió cuando supo que el arca sagrada se encontraba en manos paganas.

A estas alturas, es probable que todo empiece a sonar como el tema trillado de siempre. Justo cuando las cosas comienzan a acomodarse y el pueblo de Dios empieza a comportarse, vuelven a lo mismo de antes. Samuel había elegido a sus dos hijos para dirigir la nación, y ellos desobedecieron a Dios. ¡Qué decepción debe haber sido para Samuel! Según dice la Biblia, «ambos se dejaron guiar por la avaricia, aceptando sobornos y pervirtiendo la justicia», y usando su posición para llenarse los bolsillos (1 Samuel 8:3). Tal vez los líderes de las otras naciones fueran corruptos, pero la nación de Dios estaba llamada a ser diferente.

Los jefes de Israel sabían que los dos hermanos tenían que ser removidos de sus puestos, así que citan a Samuel a una reunión para convencerlo de que tiene que hacer un cambio. Traen el diagnóstico preciso, pero la solución incorrecta: “Tus hijos no siguen tu ejemplo. Mejor danos un rey que nos gobierne” (1 Samuel 8:5).

Samuel lo toma como una afrenta personal –un desafío a su liderazgo– y busca el consejo de Dios. Básicamente, Dios le dice: «No se están rebelando contra ti, sino contra mí, y lo han hecho una y otra vez desde que los rescaté de Egipto. Diles que pueden tener su rey, pero que esto les va a costar caro». Cuando Samuel vuelve a los jefes de Israel y les dice que la vida bajo un rey los va a limitar en sus libertades y someterá a sus hijos al servicio del monarca, todavía siguen pidiendo uno, dando al final la verdadera razón: «Así seremos como las otras naciones». (1 Samuel 8:20)

Resulta un poco cómico, pero sobre todo es triste, ¿no es cierto? Ese es el precio que están dispuestos a pagar para ser como los demás. En la Historia Secundaria, todas las otras naciones de los alrededores tienen reyes, pero los israelitas solo contaban con sacerdotes y profetas que los guiaban. Gente religiosa. Los reyes vestían ropas regias y coronas llenas de joyas; las vestiduras sacerdotales eran bastante simples en comparación. Los reyes podían tomar decisiones en el momento; los líderes religiosos consultaban a Dios y analizaban el asunto entre ellos. Los reyes comandaban batallones numerosos de carrozas tiradas por caballos que llevaban a guerreros vestidos con armaduras y blandían espadas y lanzas; los líderes religiosos les decían a sus hombres que tocaran trompetas y gritaran o llevaran antorchas en vasos de barro.

**¿Por qué no podemos ser como todos los demás?**

Es simple. En la Historia Primaria Dios, él quiere algo mejor para nosotros. Desea que seamos tan diferentes que atraigamos a otros hacia él y a sus caminos. «Todos los demás», por cierto, tienen sus reyes, pero también muestran una idolatría rampante y un comportamiento salvaje. Adoran a dioses paganos y no buscan la guía del único Dios verdadero en cuanto a cómo vivir y tratarse mutuamente. Si los israelitas iban a ser «como los demás», ¿cómo podía Dios construir su nación? ¿Cómo serían ellos capaces de atraer a los otros hacia él?

A pesar de las advertencias de Samuel, la gente todavía quería un rey, y como aprendimos antes, a veces Dios nos da lo que queremos, aun si no es lo que desea para nosotros. El siempre prefiere que en nuestra Historia Secundaria hagamos las cosas a su modo, no por capricho, sino porque nos ama. Sabe que seguir su camino siempre hará nuestras vidas mejores, y eso es todo lo que siempre había querido para su nación especial.

Sin embargo, no siempre hacemos las cosas a su manera, lo cual nos vuelve desdichados. Esto no pone nervioso a Dios, porque no cambiará el resultado final de su Historia Primaria ni un poquito. Él *va* a edificar una nación, ya sea que lo obedezcamos o no. En última instancia encontrará una manera de hacer la única cosa que siempre ha querido hacer: vivir con nosotros en perfecta comunidad por siempre.

Así que a Samuel le toca hallar a un rey. Dios lo dirige hacia un hombre llamado Saúl, un hombre que claramente tiene un potencial real. Es “buen mozo y apuesto como ningún otro israelita, tan alto que los demás apenas le llegaban al hombro” (1 Samuel 9:22), Dios puede no haber querido que los israelitas tuvieran un rey, pero cuando finalmente se los concede, les da exactamente la clase de rey que ellos quieren. Un rey que luzca como un monarca por fuera. En nuestros días, diríamos que Saúl lucía «presidencial».

Samuel se encuentra con Saúl en una comida y le explica que Dios lo ha elegido para guiar a la nación de Israel. Lo envía a un retiro espiritual a fin de prepararlo para su desafiante misión. Cuando Saúl regresa, Samuel convoca a la nación y lo presenta como su nuevo rey. Después de una breve ceremonia, es puesto a prueba. Una nación vecina los amenaza con arrancarle el ojo derecho a todo israelita como una manera de deshonrarlos. (La guerra nunca es linda, pero en los tiempos antiguos era absolutamente horrenda). Saúl responde con rapidez y de un modo dramático. Su primera batalla como rey de Israel tiene como resultado una victoria contundente, y la nación, con los ojos intactos, regresa a su misión de establecer la reputación de Dios por toda la tierra.

Tan solo para asegurarse de no arruinar las cosas otra vez, Samuel llama a la nación y le da lo que resulta ser su discurso de despedida como líder, sus instrucciones finales para una nación que finalmente había obtenido lo que todos los demás tenían. Se trata de un discurso brillante que los lleva en un recorrido a través de su historia hasta la salida de Egipto y les recuerda las tantas veces que se olvidaron de Dios y sufrieron a causa de ello. Luego los reprende por ir en contra de los deseos de Dios al pedirle un rey. Debe haber sonado bastante convincente, porque ellos comienzan a arrepentirse por haber cometido un pecado tan gravoso contra Dios. No obstante, Samuel los reafirma diciendo que, si obedecen a Dios y le sirven con fidelidad de todo corazón, todo estaría bien, porque Dios aun los amaba y no los rechazaría. Después de todo, él les dio su rey, ¿o no?

Luego del poderoso mensaje de Samuel recordándoles a los israelitas que Dios les había dado una segunda oportunidad y que todo lo que tenían que hacer para recibir sus bendiciones era honrarlo y obedecerlo, Saúl toma las riendas como rey y enseguida se olvida de todo lo que Samuel dijo. Durante su reinado, los israelitas les hacen la guerra a los filisteos. Más tarde, bajo las instrucciones divinas, su atención se vuelve hacia los amalecitas. Cientos de años antes los amalecitas le habían preparado una emboscada a los israelitas cuando huían de Egipto, y Dios le había dicho a Moisés que escribiera estas palabras: “Yo borraré por completo, bajo el cielo, todo rastro de los amalecitas” (Éxodo 17:14).

Dios tiene cuentas que ajustar. Así que le dice a Saúl que ataque a los amalecitas y los extermine por completo. No debía tomar prisioneros ni nada que les perteneciera a estas personas. Sin embargo, Saúl no se puede resistir. El rey enemigo sería un gran trofeo, de modo que Saúl le preserva la vida y saquea sus ganados. Y cuando Samuel lo confronta con su desobediencia, Saúl trata de racionalizar en el momento, alegando que había tomado los animales no para sí mismo, sino a fin de usarlos como ofrendas sacrificiales para Dios.

**Dios quiere obediencia**

Samuel no se traga el cuento: “El obedecer vale más que el sacrificio” (1 Samuel 15:22). Este es el comienzo del fin para Saúl.

Resulta fácil leer este relato desde la perspectiva de la Historia Secundaria y molestarse con la insistencia de Dios en que la nación amalecita tenía que desaparecer por completo. ¿Qué posible mensaje de la Historia Primaria podemos deducir a partir de esto? Aún más importante, ¿cómo se aplica ese mensaje aquí y ahora a la forma en que vivimos nuestra vida?

Creo que podemos ver dos mensajes de la Historia Primaria aquí: una advertencia y una instrucción. Samuel comparte con nosotros la advertencia que le hace a Saúl: “El que es la Gloria de Israel no miente ni cambia de parecer” (1 Samuel 15:29). Dios hará lo que dice que va a hacer, y si olvidamos esta verdad, los perjudicados seremos nosotros. Los amalecitas le habían cerrado el paso al pueblo escogido de Dios cuando eran solo unos esclavos vulnerables tratando de escapar de Egipto. La declaración de Dios acerca de que los amalecitas serían destruidos se esparció y se transmitió de generación en generación. Salvarle el pellejo a Saúl por desobedecer a Dios habría sido considerar a Dios un mentiroso. Si bien es verdad que Dios es misericordioso, también es justo. Siempre nos recibirá cuando nos volvamos a él, pero no nos protegerá de las consecuencias de haber rechazado sus caminos.

El otro mensaje de la Historia Primaria radica en que el pueblo de Dios es llamado a ser distinto, a sobresalir estableciendo un contraste con los demás mientras refleja el carácter divino. Saúl no solo desobedeció al Señor, sino que sus acciones representaron al Señor de una manera incorrecta. Como el nuevo rey de la nación escogida de Dios, hizo que la gente tuviera una idea errónea de quién él era en verdad. Al saquear las costosas posesiones de los amalecitas, se hizo igual a los otros reyes. Es decir, no mostró nada especial acerca de esta nación.

**Conclusión**

Nos guste o no, aquellos que confiamos en Jesucristo somos sus testigos visibles. Así como Saúl y los israelitas eran los representantes de Dios, del mismo modo nosotros, las personas del Nuevo Testamento, somos los representantes de Dios hoy en día. Como aprenderemos más tarde en esta historia, la iglesia del Nuevo Testamento es llamada el «cuerpo de Cristo». La mayor parte de la gente en nuestro mundo obtendrá una apreciación de Dios a través de nosotros. Podemos llegar a ser la única Biblia que "lean" jamás. Nuestras interacciones con ellos pudieran ser el único vislumbre del gran diseño de Dios en su Historia Primaria.

Ya sea que estés en la escuela secundaria o anhelando un nuevo auto deportivo como el que tiene tu vecino, es mucho más fácil tratar de ser como los otros. Sin embargo, Dios quiere que seamos diferentes. No raros o excéntricos, sino distintos. Su Historia Primaria nos cuenta de su incansable búsqueda de personas que puedan unirse a esta comunidad perfecta, donde todos pasarán la eternidad con él. Al vivir espléndidamente *de manera diferente* a «todos los demás», les damos a otros una visión anticipada de lo que será la vida en esta comunidad. Dios no quiere que seamos como todos los demás, sino que desea que nos demos a conocer por nuestro amor. El anhela que nos parezcamos a Jesús.